

ANTIGONA PEREZ: HEROICIDAD Y FATALISMO

La literatura griega y el pensamiento cristiano han dotado a Occidente de una figura peculiar: el héroe. A lo largo de siglos de historia aparecieron sucesivamente diversos personajes, míticos o reales, con cualidades tan excelentes, que constituyeron los modelos de "areté" o la perfección. Estos seres extraordinarios, de naturaleza heroica, o bien descendían de los dioses y querían emular la naturaleza divina o bien se creían llamados a realizar una importante misión. Por todo esto, sus actuaciones siempre estaban encaminadas al logro de la más alta virtud: Héctor, Aquileo, Antígona y Rodrigo Díaz son algunos ejemplos de ese culto a lo heroico. Más también estos héroes llevaban consigo el sino de la fatalidad contra el cual se rebelaban, luchaban o terminaban por aceptar. Quizá, entre los ejemplos más patéticos de esta última alternativa, cabe destacar la carrera de Héctor para detener unos segundos su inevitable fin y el terror de Antígona al saberse sola para enfrentar el más fatídico momento de su vida. El porqué estos héroes han de luchar solos frente a unas fuerzas superiores es una pregunta clave; en sus posibles respuestas se encuentra la explicación y justificación de la existencia del héroe.

Mircea Eliade, en uno de sus más interesantes libros,¹ explica la vieja teoría del tiempo recurrente, del eterno retorno; la idea podrá ser más o menos real y efectiva, pero no deja de tener cierta verosimilitud. En el plano literario, la figura de Antígona ha reaparecido en varias ocasiones conservando algunos rasgos antiguos y modificándose por medio de las situaciones espacio-temporales.² Una de las más conmovedoras "resurrecciones" de este mito literario tiene lugar en *La pasión según Antígona Pérez*, del conocido escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez.

Antígona Pérez, joven hispanoamericana, se enfrenta al poder del Generalísimo Creón, quien gobierna dictatorialmente la república de Molina. El conflicto moral se produce cuando Antígona, desafiando las órdenes de Creón, entierra los cadáveres de los hermanos Tavárez, quienes habían atentado contra la vida del Generalísimo. Esta situación es consecuencia de otro conflicto mayor: la lucha y defensa de la libertad personal y colectiva; ideal que actuó como vínculo entre la joven y los Tavárez.

Desde el principio de la obra y a lo largo de su desarrollo dramático, el autor trabaja la cualidad heroica de Antígona. Su decisión por defender la libertad y así proteger los cuerpos de sus amigos de la última humillación, es

¹ Mircea Eliade, *El mito de eterno retorno*. Barcelona, Emecé Editores, 1968.

² Nos referimos a las siguientes obras: *Antígona* de Jean Anouilh y *Antígona Vélez* de Leopoldo Marechal.

tan firme que, ya al comienzo, afirma la joven: "Sí, tengo veinticinco años y voy a morir mañana."³ Antígona ofrece el sacrificio de su propia vida, la entrega total se expresa en el más alto grado. Sin embargo, la heroína ha de probar su valor dentro de la más absoluta soledad; y aquí es donde, a nuestro juicio, el autor ha manejado las situaciones con admirable acierto para demostrar cómo su personaje, en las más desoladoras circunstancias, no vacila y acepta el inevitable destino. En sucesivas ocasiones, algunos ejemplos nos muestran cómo Antígona va quedándose sola. En primer lugar Creón envía a la madre de la joven, pero Aurora no logra disuadir a su hija, ni siquiera cuando le recuerda a Fernando; es ésta una de las veces en que Antígona expresa con más fuerza su posición:

...Quiero a Fernando. Lo quiero, profundamente. Pero no puedo renunciar, ni siquiera por su amor, a las convicciones que respaldan mis actos. Fernando me querrá a mí, a Antígona Pérez, tal como me conoció. Aspirar a que Creón me perdone sin sentirme culpable es empezar a ser como no soy. Imposible. La vida es intransferible, mamá. Los deberes son intransferibles. 4

Luego, Monseñor Bernardo Escudero, Ministro diplomático de la Santa Sede en Molina, baja a la celda de Antígona. Monseñor asume una posición acomodaticia, transposición literaria de la "flexible" postura eclesiástica cuando surge alguna situación social en la cual la Iglesia debería tomar una posición más decisiva. Las híbridas y neutrales palabras de Monseñor Escudero no son las mejores armas para convencer a Antígona Pérez. La aparición de Irene, la amiga más querida, intensifica la atmósfera dramática de la obra al comunicar Irene a su amiga encarcelada el repentino amor entre ella y Fernando. Antígona se conmueve profundamente y siente el horror de la traición. Dos seres que en anteriores ocasiones le probaron su lealtad, ahora la abandonan de manera abrupta e inesperada. También Pilar, la esposa del dictador, mediante una conversación velada de amenazas, intenta, y en vano, persuadir a la joven para que confiese dónde enterró los cuerpos de los hermanos Tavárez. Antígona permanece inflexible, nadie ha podido alterar su decisión; los cálculos de Creón han fallado. Incluso por el camino de la violencia, también queda derrotada la insistencia del dictador, pues, aunque la heroína es violada de manera brutal, tampoco este criminal abuso la hace retroceder.

Sin duda la protagonista ha demostrado poseer la virtud de ser fiel a sí misma, a su ideal de libertad ya que, a pesar de todas las penalidades, nunca desmaya. Mas esta tenacidad, esta conducta heroica, va a chocar contra una concreta y monstruosa fatalidad: el poder omnímodo de Creón Molina. En la obra que nos ocupa, el "destino" se descubre y se reconoce; toma forma en

³ Luis Rafael Sánchez, *La pasión según Antígona Pérez*. 3a. ed. Puerto Rico, Editorial Cultural Inc., 1973, p. 13.

⁴ *Ibid.*, p. 28.

la específica realidad hispanoamericana. Los dioses o los reyes no podían sufrir el orgullo del héroe; el Generalísimo Creón —dueño y dios de Molina— tampoco puede tolerar el orgullo de los súbditos que atentan contra la estabilidad de su gobierno; por tanto, Antígona Pérez merece un castigo por haber desobedecido las leyes del estado. El dictador no sólo cree que tiene derecho a exigir una total fidelidad de sus súbditos, sino que también le pertenecen vidas y haciendas; hasta este extremo llega su tiranía absoluta, cuanto más si se trata de subversivos o meros disidentes. Así pues, para Creón Molina estaba claro que los cadáveres de los hermanos Tavárez le pertenecían por derecho propio.

Una de las más amargas situaciones de la obra es comprender que ese absoluto dominio de Creón, ese poder que aplastará el heroísmo de Antígona, está respaldado por el pueblo. Impresionan las palabras cobardes y miedosas de la multitud; a veces, con cierto temor, las mujeres levantan una débil voz de protesta siempre insuficiente. La prensa, controlada totalmente por el estado, dice lo que se le ordena. La gente está atemorizada y Molina es la imagen de un pueblo corrompido por un régimen corrupto. Sobre este aspecto de la obra, comenta el crítico Pedro Bravo-Elizondo: "Como subtema del complejo temático está la idea de la degradación a que conduce la dictadura, a través de la adulación, la traición y el servilismo, como medios para lograr favores gubernamentales."⁵

Analizadas estas dos fuerzas en conflicto: la heroica lucha de Antígona sola frente al poder de Creón apoyado por el pueblo, y comprobada la evidente desigualdad, no cabe otra cosa sino esperar el voluntario sacrificio de Antígona, con lo cual llega la obra a su clásico desenlace. Ahora bien, ¿la muerte de la joven, el ejemplo heroico de sus últimas horas, no hubieran merecido otro fin? ¿necesita la sociedad héroes para cobrar conciencia de sus errores?, ¿no es la vida del héroe un precio muy alto a cambio de una posible modificación social?, ¿en la práctica puede este tipo de conducta individual transformar las pesadas estructuras sociales? Estas preguntas, por su propia naturaleza, tienen que quedar sin una respuesta precisa; tan solo ahora consignaremos nuestra opinión personal sobre estos puntos. Los héroes son admirados en la literatura y en la mitología; su capacidad de sacrificios es digna de la tragedia en su expresión clásica y contemporánea; el arte literario se ha nutrido recurrentemente del culto a lo heroico. Si del plano literario pasamos al socio-político, es necesario reconocer que ciertos hechos heroicos —en este caso la conducta de Antígona— provienen de graves males sociales, ocasiones, los más deplorables momentos históricos, y, como todo arte, producto de la sociedad que lo produce y consume, cumple su función social. *La pasión según Antígona Pérez* es la ficción histórica de varios pueblos hispánicos en donde también existen los contrarios: Antígona-Creón, libertad-dictadura, pueblo-masa.

⁵ Pedro Bravo-Elizondo, *Teatro hispanoamericano de crítica social*. Madrid, Playor, S.A., 1975, p. 96.

Cuando la obra finaliza, la prensa publica la falsa noticia: "Local. La facinerosa Antígona Pérez confesó antes de su ejecución el lugar donde enterrara a los Tavárez."⁶ Esto nos lleva a meditar de nuevo sobre la necesidad y justificación de los héroes en una sociedad controlada por el miedo y la fuerza y, quizá a admitir la posibilidad de que, a manera de eterno retorno, las edades históricas vuelven y, por tanto, los héroes repiten su ciclo.

Matilde Albert Robatto

⁶ Luis Rafael Sánchez, *Op. cit.*, p. 122.